

Diario de mi cautiverio

Soy una mujer colombiana, profesional, madre de familia, de clase media alta. Hoy, años después, al publicar este diario, quiero compartir un episodio importante de mi vida que, a pesar de los inconvenientes, me brindó muchos regalos.

En el 2001, en uno de los viajes que solíamos hacer los fines de semana para volar parapente, mi esposo JJ, nuestro amigo Huertas y yo fuimos secuestrados por el grupo terrorista de las FARC.

Uno de los distractores de tantos días largos y aburridos fue escribir. Así que decidí llevar un diario, en donde registré momento a momento todas las historias que viví en cautiverio, junto con otros trece secuestrados y varios guerrilleros. Después de seis meses de encierro, decidimos tomar el riesgo de escapar. Mi diario también relata los ocho días de caminatas, de escondites, de hambre, de ansiedad antes de llegar a la tan anhelada libertad.

La guerrilla de las FARC fue fundada por alias “Manuel Marulanda” en 1964, conocido bajo el alias de *Tirofijo*, como consecuencia de la lucha entre liberales y conservadores. Más tarde, este movimiento evolucionó bajo la bandera del comunismo y poco a poco sus ideales se fueron esfumando hasta convertirse en un grupo delincuente dedicado al secuestro, el narcotráfico y el terrorismo.

Durante los diversos gobiernos que ha tenido Colombia, el manejo de la situación de conflicto con la guerrilla ha pasado por diferentes tapices, dependiendo de la posición del gobernante de turno y de los intereses políticos, pasando por la indiferencia, la negociación y la represión. El gobierno de Andrés Pastrana (1998 y 2002) buscó una negociación con este grupo guerrillero, al que entregó como gesto de buena voluntad un territorio desmilitarizado en la región de El Caguán, con una extensión de 42.000 Km², denominada la *Zona de Distensión*. Sin embargo, se dio mucho y se exigió poco. Por ejemplo, no se exigió el cese al fuego. Esta gran porción de territorio sin control militar dio pie para que las FARC impusieran sus propias leyes, aumentaran sus ingresos a través del narcotráfico, incrementaran los secuestros y cometieran abusos contra la población, mientras ganaban tiempo con una negociación que nunca quisieron tomar en serio.

El 2001 fue uno de los años en que más secuestros se llevaron a cabo. En esa época fue muy famosa la “pesca milagrosa” (cualquier habitante que se cruzara con las FARC podría ser capturado), precisamente lo que nos ocurrió a nosotros.

AUTOR

Carolina Rodríguez Amaya

ÍNDICE

Capítulo 1

Quién soy

Capítulo 2

El secuestro, primeros días

Capítulo 3

La casa de Polo

Capítulo 4

La partida

Capítulo 5

El campamento

Capítulo 6

Diarios

Capítulo 7

El escape

Capítulo 8

La libertad

Capítulo 9

Qué pasó después **DEDICATORIA**

A Dios, por ser mi apoyo, nuestra guía y el motor de fuerza que nos trajo sanos a la libertad. Por darme la oportunidad de vivir esa experiencia de manera positiva y sin llegar a graves consecuencias.

A mis padres por sufrir con valor, por sus ganas, por su continua lucha, por hacer cuanto se pudo; por sus mensajes llenos de fe, de amor y de positivismo.

A toda mi familia por sus mensajes esperanzadores, por rezar por nosotros y por apoyar a mis padres.

A todos mis amigos y los amigos de mi familia que, a su manera, estuvieron pendientes de nosotros. A todos aquellos que rezaron por nosotros, incluso sin conocernos.

A nuestros tres compañeros y amigos de cautiverio.

A JJ quien, sin decirlo, me demostró su amor durante todo ese tiempo.

A Huertas, por su buena compañía, por sus valores y por sacarnos de allá.

A la luna, cómplice y testigo de nuestras vivencias.

A todos aquellos que siguen secuestrados, para que nunca se rindan.

Al mayor Mora que apoyó y aconsejó a mi familia durante mi ausencia.

CAPÍTULO 1

QUIÉN SOY

Soy una mujer sencilla, madre de familia, profesional y, sobre todo, colombiana. Soy una mujer normal que trabaja, que se divierte y también que a veces sufre, aunque siempre trato de ver el lado amable de las cosas. Sí, me divertí mucho durante siete años de mi vida cuando volaba parapente. Tal vez hubiera podido hacer un postgrado o hubiera podido compartir más tiempo con mi familia, pero preferí la aventura de este deporte de alto riesgo. Lo que nunca imaginé era que el riesgo lo encontraría en otro lugar.

Conocí a mi esposo JJ cuando ambos trabajábamos como ingenieros en una empresa multinacional de autopartes. Más tarde lo involucré en el parapente, deporte que practicábamos los fines de semana, y en estos dos espacios tan diferentes se desarrolló nuestro noviazgo. Después de tres años, él se vistió de frac, yo de blanco y celebramos nuestro matrimonio el 21 de abril de 2001.

En ese entonces yo llevaba siete años volando y JJ tres. Fueron años de gozo. Cada vuelo era una aventura, cada viaje era un paseo. El año anterior al secuestro, una pareja de amigos, JJ y yo organizamos un campeonato nacional de parapente en Melgar, una población ubicada a dos horas y media de Bogotá, al que asistieron parapentistas de varias ciudades de Colombia. Los participantes hicieron vuelos muy agradables, sobrevolaron las montañas de la cordillera oriental, sobrepasaron las nubes, se reencontraron con viejas amistades y formaron otras nuevas. El evento fue muy exitoso, salió en las noticias y nuestra satisfacción fue muy grande. La seguridad¹, que en esa

¹ En 2001 la seguridad de Colombia estaba amenazada por el proceder de las FARC, los secuestros aumentaban y ya no estaban relegados sólo a las zonas rurales. Los volúmenes del secuestro en Colombia

época tanto nos preocupaba a los colombianos, estaba garantizada, pues en Melgar hay una base aérea, además de una base militar. El *voladero* de Melgar queda en una montaña desde donde se divisa parte del valle, que incluye el pueblo y el río Sumapaz. Se accede tomando la carretera hacia un pueblo llamado Icononzo y queda en la finca de un general del ejército, en donde están ubicadas dos antenas de comunicaciones. Hay acceso vehicular justo hasta el lugar desde donde se despega. Por tal motivo, en mi ingenuidad, recuerdo que pensaba: ¡qué más seguridad que la propiedad de un general! Por esta razón decidimos repetir el evento el siguiente año, en mayo de 2001. Esa vez le daríamos categoría de competencia internacional. Nuestro amigo Huertas tenía un GPS (Global Positionary System) que gravaba los puntos cardinales satelitalmente, que nos servirían para definir los puntos de competencia para los participantes. Así que, para este propósito, decidimos emprender la tarea de tomar las coordenadas de sobrevuelo. Huertas se unió al paseo a Melgar, ocho días antes del campeonato y veinte días después de nuestro matrimonio. También habíamos invitado a Alejandro, un amigo parapentista, pero cuando llegamos por él a su casa, se había arrepentido de ir. Creo que se inventó que tenía el cumpleaños de su padre, aunque sospecho que prefirió quedarse con su novia.

registraron un incremento constante hasta el 2001. En el año 2000, por ejemplo, la cifra de secuestrados fue de 3.706 personas. En el 2002 las estadísticas mostraron cierta disminución, 3.260 personas perdieron su libertad, un 85% de ellas fueron secuestradas por algún grupo guerrillero.

CAPÍTULO 2

EL SECUESTRO, PRIMEROS DÍAS

Mayo 20 de 2001

JJ me despertó y me recordó que debíamos apresurarnos para salir de viaje. Miré el reloj, eran las siete de la mañana. Quería seguir durmiendo, pero me levanté con esfuerzo a preparar algo de desayuno. Disfrutaba desempeñar mi papel de señora casada, tener todo nuevo (las sábanas, los muebles, la nevera), incluyendo el apartamento, pequeño pero acogedor, claro y con vista a las montañas de Bogotá.

Nos arreglamos, empacamos nuestros parapentes y finalmente salimos a disfrutar de nuestro primer paseo de casados, después de una luna de miel en el Amazonas. Fuimos a recoger a Alejandro quien, después de dudarle tanto en la puerta de mi *Jeep*, no quiso ir. Mi carro era un Montero azul de los viejos, que había comprado con todos mis ahorros para viajar y volar en todos los lugares de Colombia. Siguiendo el recorrido, fuimos a la casa de la mamá de JJ, la saludamos y nos llevamos a Sasha, su perrita. Finalmente recogimos a nuestro amigo Huertas, a su fiel novia María y su hija.

Emprendimos el viaje hasta Melgar, a donde llegamos sin ningún contratiempo. Nos instalamos en una pequeña casa de recreo, que es de mi familia, en donde nos refrescamos, guardamos nuestras maletas y de inmediato emprendimos camino para hacer el trabajo del primer día. María y su hija nos querían acompañar, pero Huertas les recomendó quedarse y disfrutar de la piscina. Ese día recorrimos varios pueblos aledaños: pasamos por Tocaima, Agua de Dios, Espinal y Girardot, grabando los puntos geográficos en el GPS para la competencia. ¡Qué gran trabajo hicimos ese día! Las carreteras estaban algo solitarias y, aunque estábamos un poco asustados debido a los problemas de seguridad en que se encontraba el país, no pasó nada.

El domingo decidimos grabar los puntos geográficos cercanos a Melgar. Primero fuimos a la base aérea –como siempre– a informar que íbamos a volar en la finca del general, pues es una exigencia de los militares. Luego recorrimos otros lugares cercanos y finalmente tomamos la carretera hacia Icononzo, para ir a volar.

El clima se veía óptimo para el vuelo: una que otra nube, el cielo azul, viento moderado. Sin embargo, antes de llegar a la cima se nos ocurrió tomar un desvío por una carretera destapada y polvorienta, para grabar en el GPS una

antena que nos había llamado la atención. Sería un punto interesante para la competencia. Esta vez no estábamos tan asustados como el día anterior: estábamos en nuestro territorio, cerca de una base militar, habíamos avisado a la fuerza aérea y sabíamos que por aquel desvío había una petrolera.

Recuerdo ver una pequeña tienda, a donde Huertas dirigió para preguntar cómo llegar a la antena. Le respondieron que “allí no más a la vuelta” se podía subir, por Cuba (hoy digo que ya era sospechoso el nombre). Pero en la tal vuelta no encontramos subida alguna. Por la trocha caminaban dos excursionistas que, por su aspecto, parecían indígenas: morenos de pelo liso, negro y largo. Cargaban unos morrales verdes cuadrados (hoy creo que eran guerrilleros, por los morrales que aprendí a reconocer). Avanzamos unos pocos minutos más, hasta que nos topamos, en un cruce de trochas, con una camioneta Toyota roja ¡llena de guerrilleros! Tres adelante, otros tres en la parte trasera y no sé cuántos más en el platón. Todos vestían de manera similar al ejército, con ropa camuflada, pero había hombres y mujeres. Algunos de los hombres tenían bigote, pero ninguno tenía su cabello rasurado. Parecía como si ellos nos estuvieran esperando. Todavía me queda la duda de si desde aquella pequeña tienda les comunicaron algo acerca de nosotros... ¿Por qué estaban allí? ¿Esperándonos? ¿Coincidencia? ¿Por qué no estaba la camioneta en movimiento? Cuando los vimos ya no había nada que hacer.

No hubo otra opción diferente a detenernos. Uno de ellos, como en una labor de rutina, se acercó a la ventana de nuestro carro, nos anunció que ellos eran del Frente 25² de las FARC y nos pidió los documentos de identificación. JJ y Huertas sacaron la cédula, la mostraron y la volvieron a guardar en sus billeteras. Luego nos preguntó si trabajábamos en alguna empresa, a lo que respondimos que no, y nos dio un folleto de propaganda subversiva. Nos pidió los radios (*Walkie Talkies*) y los teléfonos celulares y nos dijo que los teníamos que acompañar a hablar con el comandante, para explicarle quiénes éramos y por qué estábamos en un área prohibida. Esto ocurrió aproximadamente a las doce del día.

El guerrillero que nos detuvo, un hombre de aspecto joven, blanco y bigotudo, se subió en el asiento del copiloto, por lo que Huertas debió pasarse a la parte trasera del carro, en donde yo estaba. JJ comenzó a manejar como un loco, a toda velocidad y, como era una carretera sin pavimento, nos sacudíamos mucho. Otro guerrillero, que no tenía uniforme, se colgó en la llanta de repuesto que se encontraba en la parte exterior trasera (JJ me contó

² El frente 25 de las FARC opera en los límites entre los departamentos de Cundinamarca y Tolima.

después que manejó así para ver si el hombre de atrás se pegaba su buen golpe). La camioneta roja plagada de guerrilleros nos iba escoltando mientras el copiloto subversivo hablaba sin descanso y nosotros nos preocupábamos de cómo esconder los papeles y el dinero que llevábamos. El más angustiado era Huertas, pues tenía su identificación de militar, la cual afortunadamente no habían revisado (Huertas era mayor retirado). Huertas, con cautela, me entregó los documentos y yo no sabía, con esos nervios, en dónde ponerlos. ¿Entre mis botas de parapente? ¿En mis bolsillos? ¡Qué tal que me requisaran! ¿Dónde? Yo le hacía gestos, mientras fingíamos estar prestando atención al guerrillero. Finalmente, sus papeles y mi carné de la compañía encajaron perfecto en el agujero por donde sale el cinturón de seguridad.

El guerrillero continuaba hablando y haciendo propaganda política. Mencionaba la negociación con el gobierno³ y decía que no iba a funcionar hasta que éste cumpliera con todas sus exigencias, especialmente la de eliminar el Plan Colombia⁴, proceder con el intercambio de guerrilleros presos por secuestrados y erradicar a los paramilitares. Decía que lo que se estaba llevando a cabo no era una negociación, sino diálogos, y que con o sin diálogos, lo que ellos querían realmente era el poder. No sé qué más hablaba el hombre, pues mientras tanto muchos pensamientos invadían mi cabeza: “Dios mío ¿será que nos van a dejar ir después? ¿A dónde nos llevan?”

Seguimos avanzando, pasamos un pequeño arroyo y finalmente nos detuvimos en donde terminaba la maltrecha carretera. Estacionamos al lado de una montaña, en donde había también una pequeña tienda, un camión de gas —que parecía robado— y unos perros descuidados y desgarbados. Nos pidieron esperar, pues iban a llamar al comandante, nos hicieron bajar del carro y nos dejaron en manos de otros guerrilleros. Yo escondí disimuladamente mi billetera entre el parapente, en la que llevaba trescientos mil pesos y todos mis papeles. JJ y yo nos abrazamos muy fuerte y por largo tiempo, varias veces. Él estaba preocupado por una tarjeta débito que tenía en la billetera, así que pidió permiso para ir a orinar y allí rompió la tarjeta y la botó.

³ En 1998, mediante acuerdos con el gobierno del recién elegido presidente de Colombia Andrés Pastrana Arango, se creó la Zona de Distensión para comenzar ahí unos diálogos de paz. El lugar era una zona desmilitarizada que se extendía en 40.000 km² aproximadamente (tres veces el tamaño de Dinamarca), entre los municipios de Mesetas, La Uribe, La Macarena, Villahermosa y San Vicente del Caguán. Esta zona se creó con el fin de llevar a cabo un proceso de paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC.

⁴ El Plan Colombia fue un proyecto concebido por el Presidente de Colombia Andrés Pastrana Arango, para que, con la ayuda de los Estados Unidos, se pudiera librar una guerra contra la droga y así disminuir el conflicto armado del país.

Esa fue una larga espera, tal vez de dos horas. JJ estaba nervioso y lo demostraba caminando de un lado a otro, como un preso o un animal enjaulado, lo que hizo inquietar al guerrillero que nos había estado hablando, que decía: “ese mono marica no se deja de mover” y murmuraba otras cosas que yo no alcanzaba a escuchar, pero su expresión reflejaba nerviosismo. Tal vez él pensaba que éramos espías, qué se yo. O quizás, por los radios que portábamos, nos convertíamos en sospechosos, a pesar de que les habíamos explicado que éramos parapentistas, que los radios los usábamos para comunicarnos en el aire y lo que estábamos haciendo en ese momento. Más tarde llegaron otros dos guerrilleros a cuidarnos, también camuflados e igual de jóvenes a los demás. Yo tenía mucho susto, pues estaban muy serios. Pero poco a poco, cuando les pregunté sobre la situación y si nos iban a dejar ir, entramos en confianza, sobre todo con uno de ellos que resultó “buena gente”.

Finalmente nos ordenaron subir al monte, una montaña común, llena de arbustos y matorrales, pegada a la carretera. Nos acompañaron tres guerrilleros hasta una cerca en donde, antes de atravesarla, nos hicieron esperar otra vez. Tal vez una hora más, no sé, como hasta las cuatro o cinco de la tarde. Nos ofrecieron una bebida blanca en una olla vieja, creo que era avena, y todos tomamos de ahí. Yo lo hice por no verme ante ellos regodienta o asquenta sino más bien sencilla y despreocupada. Vimos pasar varios “civiles” que sí atravesaban la cerca, a lo mejor campesinos del área (JJ piensa que eran comerciantes de Melgar pagando vacunas –extorsiones– o pidiendo favores) que iban a hablar con el comandante. Permanecimos en silencio, simplemente a la espera de que se arreglara nuestra situación. Huertas tenía todavía en su billetera otros documentos importantes, que aprovechó a enterrar con disimulo al lado del árbol en donde se encontraba sentado. Los guerrilleros que nos vigilaban nos repetían que no estuviéramos nerviosos, pues “el que nada debe nada teme”. Entonces yo pensaba que al hablar con el comandante y explicarle lo que estábamos haciendo, nos iba a dejar ir. Luego nos iríamos a devorar un pollo allá en la plaza del pueblo y saldríamos apresurados a Bogotá, pues al día siguiente había que trabajar. Bajó de la loma un señor moreno de bigote, un poco más maduro que los otros, también camuflado (alias *Gonzalo*), a quien vimos unos pocos segundos. Le dieron quejas de nosotros, pues no habíamos entregado un celular ni un radio que encontraron en el Jeep. Entonces *Gonzalo* mandó requisar el carro de nuevo y ahí sí que sacaron todo: los parapentes, otro radio, otro celular, otros aparatos de vuelo y la billetera que yo había escondido. La perrita de la familia de JJ seguía dentro del carro. Nos preguntamos qué sería de ella, debía de estar muy

nerviosa. *Gonzalo* nuevamente atravesó la cerca, subió y se demoró un buen rato. Cuando regresó, espetó bruscamente “se quedan” y al instante nos hicieron bajar. Antes de llegar a la trocha nos hicieron esperar otro rato entre los matorrales de la falda de la montaña, debían de ser casi las cinco de la tarde. Podíamos ver que seguían requisando el carro por arriba, por abajo, por todos lados. Nuestra tensión estaba al máximo: estábamos con hambre, cansados, la novia de Huertas y la niña estaban en la finca esperándonos y ya se estaba oscureciendo. Íbamos a llegar muy tarde a Bogotá. El guerrillero “buena gente” nos seguía tranquilizando y nos decía que el “cucho” no tardaba en bajar y que él creía que nos iban a dejar ir.

Finalmente, a las seis de la tarde nos hicieron descender, los pocos metros que faltaban, a la carretera. ¡Qué hambre! Lo único que habíamos comido era el desayuno y esa avena. JJ y yo creímos que por fin nos iban a dejar ir. Recuerdo que pensaba: “vamos por María, nos comemos el pollo asado y ¡salimos para Bogotá!” Sería pesada la madrugada para ir al trabajo, pues íbamos a llegar tarde a nuestras casas. “Qué importa, si estamos muy cansados, pues dormimos un poco más y simplemente llegamos tarde”, pensé después.

Gonzalo nuevamente nos soltó “se quedan”, miró con odio a JJ y le dijo: “pórtese bien”. Nos hicieron subir en la camioneta roja doble cabina y emprendimos camino. Nosotros tres íbamos en la parte de atrás y tres guerrilleros iban adelante. Mi Jeep, con *Gonzalo* de copiloto, nos iba escoltando. JJ les preguntó a los guerrilleros por la perrita y uno de ellos le contestó: “¡qué nos vamos a encartar con una ‘hijueputa’ perra!” Dios mío, qué desilusión tan grande cuando nos dimos cuenta de que no nos iban a soltar... Y esos señores tan groseros.

Evidentemente no hablamos con nadie, ¡qué comandante, ni qué explicación, ni qué nada! Recorrimos varias trochas y anduvimos gran parte de la noche hasta que paramos en un pueblo muy pequeño y silencioso –que nunca supe cuál era– por combustible y luego por salchichas enlatadas y gaseosa que nos compraron en una pequeña tienda. *Gonzalo* le preguntó a JJ por qué había roto la tarjeta (¡sí, lo habían visto!) y él respondió que porque tenía susto de que le quitaran sus ahorros. Luego le preguntó cuánto dinero tenía y JJ respondió que cuatro millones, a lo que *Gonzalo* le dijo con sorna y con una sonrisa maligna: “eso no le vamos a quitar, le vamos a quitar mucho más”. Ese señor me daba miedo, su mirada era muy dura, sus palabras eran siempre cortantes y su presencia intimidante.

Más tarde pasamos rápidamente por un pueblo oscuro, pequeño y silencioso. Se veían las casas a media luz con las personas asomadas en sus ventanas mientras yo trataba de llamarlas con la fuerza de mi mirada, pero era oscuro y hasta debían de estar acostumbradas al paso de los guerrilleros en la noche. A la salida del pueblo, donde ya no había casas, nos detuvimos un rato y al poco tiempo nos llevaron comida en un pedazo de papel aluminio: ¡carne, papas y arroz! Qué rico. Estaba delicioso, todavía me acuerdo, pero el estrés no nos dejó comer mucho a pesar de no haber almorzado y dejamos casi todo. Yo no quería que pensarán que yo era una niña rica de la oligarquía a la que no le importaba desperdiciar la comida, por lo que me mostré muy preocupada al tener que dejar esos bocados. Pensé que si desperdiciábamos también nos regañarían.

Nadie habló en ese trayecto. A JJ no lo dejaban abrir la ventana y lo amenazaban, a lo mejor porque creían que iba a botar más tarjetas (qué tontos, en lugar de quitarle la billetera). El destino final fue un caserío de tres casas, en un cruce de dos caminos. Paramos un buen tiempo antes de que nos hicieran bajar y luego nos dijeron que dormiríamos allí. La casa parecía abandonada. No se veía nada, pues ya estaba muy oscuro y no había electricidad. Preguntamos si podíamos sacar del carro los overoles térmicos que usamos para volar, así evitaríamos el frío, a lo cual por fortuna accedieron. Con una linterna nos señalaron unas camas desordenadas: una para Huertas y otra para JJ y yo. No sabía si eran cobijas, pero había varias telas y trapos con qué protegerse del frío, que seguramente no estaban muy limpios, pues se sentían granos de arena o tierra, pero estábamos cansados y había que descansar.

PRIMER DÍA

Yo dormí bien, pero entre un sueño y otro me acordaba de que no estaba en mi casa. En cambio, Huertas no pudo dormir. Afortunadamente usamos los overoles, no sólo para protegernos del frío, sino de las pulgas y de la mugre de la cama y de las cobijas. Después de habernos vigilado toda la noche, alumbrándonos a cada rato la cara con linternas, nos despertaron bruscamente con un grito: “¡levántense que nos vamos!” Esto fue casi de noche, como a las cinco de la mañana.

Los guerrilleros decidieron quitarles definitivamente las billeteras a JJ y a Huertas, pero afortunadamente ya habíamos escondido más papeles y Huertas ya había metido doscientos setenta mil pesos en su ropa.

En esa humilde casita dejé tiradas mis sandalias y preferí otros zapatos más cómodos, que tenía en el carro. La casa no tenía baño, entonces nos dieron

permiso de ir a aliviarnos a las matas de afuera. Luego, los tres guerrilleros del día anterior nos hicieron subir a la camioneta roja. Anduvimos menos de cinco minutos por la trocha, se detuvieron en una curva y allí nos hicieron pasar una cerca, entrar a un potrero y meternos en unos matorrales. Era un monte húmedo –tal vez había llovido– lleno de palmas y de arbustos.

Nos armaron una “casa”, como la llaman ellos, una tela camuflada e impermeable que porta unas cuerdas en las esquinas para amarrarlas a los árboles del monte, que cumple la función de un techo. Un hombre nuevo que apareció dentro del grupo (*El Chulo*) nos cortó con su machete varias plantas de “elegancia”, unas hojas muy grandes, como de palma, para ponerlas en el piso y que nos pudiéramos acomodar sobre ellas. La noche anterior lo habíamos visto y mi primera impresión fue que tenía cara de delincuente, pero resultó “buena gente”, pues se notaba muy preocupado porque estuviéramos bien instalados en ese hueco. Era flaco, con un gran bigote negro, moreno, como de unos 40 años. Tenía un aire a Don Ramón. Ninguno de los que nos estaba cuidando usaba ropa camuflada, pues eran milicianos. Estos, a diferencia de los guerrilleros, no están en el monte disparando o cuidando secuestrados, sino que están en los pueblos, pasando por civiles, intimidando, observando, delatando y haciendo el trabajo de extorsión. Estábamos los tres muy callados, del susto, y de la falta de sueño tranquilo. Los guerrilleros ya no estaban tan agresivos. Nos quedamos sentados sobre las hojas de elegancia hasta que llegó otro hombre con el desayuno en ollas de aluminio: huevos con cebolla y tomate, caldo, arepa y chocolate, que comimos en platos de cerámica desportillados. Estaba rico, pero la tensión no nos permitió comer ni con gusto ni en la cantidad que se debería. Lo hicimos casi de mala gana, pero conscientes de la importancia de alimentarnos.

De vez en cuando lloviznaba y los mosquitos no dejaban de picar, ¡Nos tenían aburridos! El suelo estaba duro y frío, ya se nos cansaba el trasero y no había espacio para caminar, por lo que nos alternábamos entre estar parados y estar sentados. Me dieron ganas de ir al baño, por lo que decidí subir a una piedra grande que ayudaba a ocultarnos. Cuando terminé me limpié con una hoja, ¡Ja, Ja! Primera vez en mi vida que me limpiaba con una hoja, me pareció muy gracioso. Por eso bajé muy sonriente y además contenta porque me estaba funcionando bien el estómago. JJ no sabía por qué me reía y le pareció muy bonito que en medio de tanta angustia me saliera una sonrisa. Lo más chistoso es que poco después JJ pidió a los guerrilleros papel higiénico ¡y le dieron! (como dice el dicho, “el que no llora, no mama”, qué boba yo).

Pasamos la mañana conversando entre nosotros, muy bajo (pues los guerrilleros estaban a la salida de los matorrales pendientes de nosotros), discutiendo sobre el país, planeando nuestras posibles respuestas para cuando viniera el comandante a cuestionarnos y despotricando sobre la guerrilla. Huertas, del susto, casi no habló. También cada hora, no sé cada cuánto, rezábamos Padrenuestros y Avemarías. Al principio lo hacíamos sólo JJ y yo, pero luego invitamos a que se nos uniera Huertas. Pedíamos que nos liberaran rápido. Luego llegaron los arrepentimientos, qué idiotas, cómo no nos dimos cuenta de que aquellos excursionistas indígenas tenían más aspecto de guerrilleros que de turistas. ¡Cómo no haberles hecho caso a nuestros papás, que tanto nos advertían que tuviéramos cuidado! Decíamos que, si salíamos de esa situación, dejaríamos de volar y que no les contaríamos a nuestros padres lo sucedido. También hablamos mucho de nuestro apaleado país, de todos los desastres que vemos en los noticieros, que pareciera que no ocurrieran, pero realmente pasan, pasan muchas cosas... Estábamos ansiosos, a la espera de que llegara *Gonzalo*. Así podríamos conversar, explicar todo, ¡y quedar libres! Queríamos que llegara pronto, así de una vez podríamos saber qué iba a pasar con nosotros. Debía de estar investigando todas nuestras finanzas... ¡Qué susto!

Como estaba desesperada de estar en ese espacio tan cerrado, decidí salirme un poco de los arbustos y comencé a conversar con los guerrilleros que nos custodiaban: uno moreno de bigote negro y tupido, feo, joven, que se llamaba *Caliche*. El otro era blanco, delgado, desgarbado, le decían *El Loco*. El tercero de ellos no siempre estaba con nosotros, era también moreno, feo, barrigón, más viejo que los demás y llevaba una cicatriz en el labio, se apodaba *Norbei*. Resultaron “buena gente”, pues daban pie para breves conversaciones, en parte eso me tranquilizó. Decían que nos estaban investigando y que, si teníamos menos de 1.000 millones de pesos, nos soltaban y nos dejaban ir. Explicaban que, si sólo teníamos una casa, o algo similar, pues era lógico que nos iban a soltar e inclusive, si no teníamos dinero para el bus, nos darían algo para que regresáramos a casa. Aseguraban que quien explotaba y extorsionaba a la gente era la delincuencia común, pero no la guerrilla, que quienes maltrataban eran los de la delincuencia común, no los de la guerrilla. En ese momento sentí un gran alivio y pensé: “afortunadamente nos tienen los de las FARC”. También nos decían que ya casi iba a llegar el comandante, pero nunca llegó.

Afortunadamente teníamos los overoles, que nos protegieron de los mosquitos, pues nos molestaron mucho. Finalmente, a las seis de la tarde

salimos de ese hueco a la carretera, en donde apareció de nuevo la camioneta roja, con la comida en el platón. Allí fue el banquete, sobre la carretera, que comimos parados. Luego nos dieron cepillo y crema dental y nos limpiamos los dientes, obviamente sin agua, justo antes de llevarnos a la misma casa esquinera abandonada, ya oscura otra vez, justo para acostarnos a dormir.

SEGUNDO DÍA

A las cinco de la mañana nos levantaron de esas camas desordenadas, llenas de trapos, cobijas y hasta con una chaqueta vieja, llenas de arena y polvo. Afortunadamente siempre llegábamos de noche como para no ver demasiado en donde dormíamos. Los tres dormimos mejor, aunque era frustrante despertarse en medio de un sueño placentero para tener que recordar: “¡carajo, estamos secuestrados!” “No estamos en nuestra casa, estamos lejos...”

Antes de hacernos subir a la camioneta roja nos acordamos del día anterior tan aburrido y pedimos que nos dejaran sacar un libro de mi Jeep, el cual todo el tiempo iba escoltándonos detrás de la camioneta roja, pero no lo encontraron. Yo estaba feliz de salir de esa casita abandonada, probablemente hacia un sitio mejor, pero nuevamente, a cinco minutos, nos dejaron en el mismo monte del día anterior, ¡qué desilusión! Los guerrilleros armaron otra vez la “casa” con unas hojas nuevas en donde nos sentamos con desánimo y a las seis de la mañana nos llevaron el desayuno. ¡Estuvo delicioso! Huevos con cebolla y tomate, arepa, caldo y chocolate. Luego sacamos nuestros cepillos de dientes y a secas nos los lavamos. Llovió esporádicamente y como Huertas, siempre tan previsivo, había guardado una botellita de plástico, recogió pacientemente agua lluvia escurriendo el rocío de las hojas y de la “casa” para las próximas cepilladas de los dientes. Como a Huertas no le quitaron su canguro (bolsa para guardar cosas que se amarra a la cintura), sacamos hilo dental y cortaúñas y con toda la parsimonia del mundo nos cortamos las uñas y nos limpiamos los dientes, en parte para pasar el tiempo. El día parecía volver a repetirse al anterior: rezamos varias veces y murmuramos acerca de nuestra situación. Nos preguntábamos si nos soltarían y qué habrían investigado sobre nosotros. Yo le decía a JJ que lo más probable era que dejaran secuestrado a uno de los dos, y que el que quedara libre sería el encargado de negociar la liberación del otro. JJ decía que en ese caso podríamos ofrecer el Jeep o tal vez les podríamos proponer que nos dejaran ir a los dos y que luego les dábamos el dinero.

Y ese comandante nada que llegaba a hablar con nosotros, ya dos días, y ¡qué ansiedad tan terrible! Tantas preguntas que nos hacíamos, todas sin respuesta... “¿Será que ya se enteraron las familias de nuestra situación? ¿Qué les habrá dicho María? ¿Habrá continuado el evento de parapente? ¿Qué sabrán los guerrilleros de nosotros?” También nos lamentábamos por “dar papaya” (por exponernos, del dicho “papaya servida, papaya comida”), que si hubiéramos salido más tarde... Que si hubiéramos salido más temprano... Todos esos incalculables “si hubiéramos” del infinito mundo de

las posibilidades... Buscábamos tranquilizarnos con el famoso dicho de “si mi tía tuviera pelotas sería mi tío”, pero al rato aparecían otra vez los “hubiéramos”.

Teníamos muchas preocupaciones: la oficina, los papás y la familia. Y hasta las más tontas: el pan tan rico que habíamos comprado se va a endurecer, se va a dañar el melón que se quedó en la nevera, en qué habrá quedado la novela de “Pobre Pablo” que estaba buenísima, en fin. Reflexionamos mucho sobre el país: que está jodido, que ni a Melgar se puede ir, que tanta maldad... Así pasamos la primera etapa del día, divagando y pensando.

Por fin llegó *Gonzalo*, apenas lo vi me dio mucho susto, pues de él dependía nuestro destino... Además, las veces en que nos había hablado no había sido muy agradable. Le preguntó a JJ qué relación tenía con Huertas y JJ le respondió que eran amigos. Luego aseguró que “él ya sabía cositas” – ¡que susto! ¿Qué habría investigado? – y que “sabía” que JJ era extranjero nacionalizado aquí en Colombia (qué imaginación, todo por su altura y porque tiene un apellido raro). JJ le explicó que estaba equivocado, que él era colombiano, pero que su abuelo, que era un aventurero europeo, había llegado aquí hace muchos años y que por eso tenía ese apellido. Luego siguió con Huertas. Le preguntó qué hacía y él le respondió que trabajaba en una empresa de electricidad, mientras le mostraba su tarjeta de presentación. No preguntó nada más. Sólo soltó: “usted se va, usted se va y usted se queda” ¡Dios mío! ¡Se quedaba JJ!

JJ y yo, entre lágrimas, le rogamos que no lo dejara, que ese apellido era del abuelo y que llevábamos un mes de casados (ese día cumplíamos un mes). Llorando, le dije: “usted ya debe saber, nosotros sólo trabajamos en una empresa, para comer y para vivir”. Inmediatamente *Gonzalo* dijo, como si yo hubiera soltado una relevante información confidencial, que eso que acababa de decirle le servía mucho y que iba a ver qué tan importantes éramos. Luego dijo que yo sería la encargada de negociar y que tuviera mucho cuidado con llamar al GAULA (organismo antisequestro), pues eso complicaría más las cosas. Y se fue.

JJ y yo, llorando, nos abrazamos muy fuerte, nos dijimos cosas bonitas, que nos amábamos y que lo mejor que habíamos podido hacer era habernos casado. Le juré que lo iba a sacar de ahí y empezamos a planear cómo. Pensamos que podríamos hacerlo a través de programas de televisión de deportes o a través de País Libre (fundación antisequestro) o que podríamos

llamar a Arturo (un parapentista que tiene finca cerca de donde nos secuestraron y a quien posiblemente conocen los guerrilleros), etcétera.

Poco a poco nos fuimos haciendo a la idea. JJ me prometió “portarse bien”, es decir, obedecerles y no armar problema. En parte me empecé a sentir tranquila de poder estar con mi familia y buscar apoyo. Esa tarde fue de planeación, promesas y espera para que nos soltaran.

Los que nos cuidaban decían que ya pronto, por la tarde, vendrían por Huertas y por mí, para liberarnos. Aproveché la oportunidad para hablarles a *Norbei* y a *Caliche*. Pensé que de esa manera ellos le harían llegar información al comandante. Entonces, entre charla y charla y esperando un poco de compasión, les decía que JJ y yo éramos recién casados, hasta ahora comenzando a construir un hogar y por lo tanto sin prácticamente ningún activo. Ellos me seguían tranquilizando y decían que a quien tuviera menos de mil millones de pesos –una suma muy grande– lo soltaban. Claro que *Caliche* nos empezó a asustar. Nos decía que, cuando las familias no pagaban, tenían a los “cuchos” (secuestrados) dos o cuatro años y contaba cuentos de los cuchos que él había cuidado. En resumen, esos hombres a veces me asustaban y a veces me tranquilizaban.

Mi ansiedad me hacía ir hacia ellos a hacerles preguntas: “¿será que ya viene el comandante? ¿Será que vamos a otro sitio? ¿Será que ya nos van a soltar?”, pero siempre me respondían con cuentos inverosímiles o con un “no sé”. Traté de entender su forma de vida, entonces le pregunté a *Caliche* que por qué estaba en la guerrilla y me respondió que porque a él siempre le había gustado la lucha, que siempre había sido rebelde. Le pregunté lo mismo al *Loco* y me dijo que la esposa lo había abandonado y él se había quedado solo, con una hija. Entonces le encomendó la niña a su suegra y, desesperanzado, ingresó a la guerrilla. Les expliqué que lo que hacían ellos era desestabilizar, desmotivar a los empresarios y por lo tanto generar desempleo y pobreza, pero me di cuenta de que ni les importaba, ni querían poner atención. Simplemente ellos decían que luchaban contra los ricos y punto. No había más argumentos que los hiciera cambiar de idea.

Caliche me contaba que la guerrilla era muy buena, que les daba cursos, por ejemplo, él había llegado hace poco de un curso de computadores, que les ensañaban a leer y también inglés (después supe que eran puras mentiras). Hablaba también de unos irlandeses que les habían enseñado muchas cosas, no sé si eso sería verdad, pues en las noticias sí informaron acerca de unos irlandeses del IRA (Irish Republican Army) que iban a entrenar a guerrilleros de las FARC a la Zona de Distensión.

A mí me gustaba ir a hablar con los guerrilleros, pues donde estaban ellos era más abierto, se divisaba un mejor paisaje y se podía ver la carretera. Ellos conversaban con naturalidad, pero a veces me mandaban entrar de nuevo a los matorrales, pues los podían regañar por dejarnos asomar. Huertas no habló mucho en todo el día y con los guerrilleros no intercambié palabra.

El largo día pasó, llegó la noche y no llegó *Gonzalo*. Tampoco nos soltaron, como nos habían prometido. A las seis de la tarde nos sacaron de ese horrible matorral, de ese monte húmedo, claustrofóbico, limitado y lleno de mosquitos, justo cuando entró la oscuridad. Salimos a la carretera y comimos en el platón de la camioneta, un poco a oscuras. Con los alimentos nos daban siempre tinto (café negro), ya frío. Nosotros pedíamos gaseosa, pero se demoraban mucho tiempo en llevarla. Los que nos cuidaban nos empezaron a decir que ya nos íbamos para Bogotá, pues habían pagado por nosotros doscientos millones de pesos. Qué ansiedad, ¿sería verdad? La esperanza de que fuera cierto me llevaba a los extremos de la ingenuidad. En ese momento llegó *Gonzalo* en mi Jeep. Arrancamos nuevamente, pero no precisamente hacia Bogotá, sino hacia el lado opuesto. Anduvimos aproximadamente una hora y media, hasta que nos detuvimos en la mitad de una carretera. Y ¡a caminar! Atravesamos una cerca y caminamos como diez minutos, pisando charcos y barro, casi a ciegas, pues sólo había una linterna pequeña que cargaba el guerrillero que iba adelante, hasta que llegamos a una pequeña casa de madera, que parecía abandonada. Después de que se fue *Gonzalo* (siempre se iba) nos indicaron el colchón en donde podríamos dormir y nos sugirieron poner encima los parapentes, para que no nos picaran las pulgas. ¡Menos mal los llevamos! Entonces un parapente enrollado fue la almohada y el otro nos sirvió para cubrir el colchón y sus extremos fueron la cobija.

En ese momento ya tuve la certeza de que no nos iban a soltar y la ansiedad de qué iba a pasar con nosotros fue más fuerte. Ese maldito colchón estaba muy duro y nos tocó ponerlo horizontal para que alcanzara para los tres, por lo que nuestros pies quedaron descansando en el piso polvoriento. Cuando ya estábamos acostados, sentimos que *Gonzalo* regresaba, entonces nos hicieron callar y nos hicimos los dormidos. Le alcanzamos a escuchar que decía que habíamos salido en televisión. Cada vez que ese señor llegaba, nos latía fuerte el corazón.

Finalmente nos dormimos arropados con la tela impermeable de los parapentes y al otro día nos despertamos adoloridos de la espalda.

TERCER DÍA

La casa era pequeña, estaba construida sobre un pastizal y la madera ya vieja por el sol y por los años tenía varias tablas rotas. Constaba de dos cuartos: en uno se quedaron los guerrilleros y en el otro, nosotros tres. Tenía una pequeña terraza en donde se podía divisar un hermoso paisaje. Al principio de la mañana todo el valle estaba cubierto con niebla, pero luego, poco a poco, se fue despejando, desplazando a las nubes que quedaron al fondo como un tapete. A lo lejos se adivinaba un pequeño pueblito. Me imaginaba corriendo hacia allá, buscando con urgencia un teléfono y llamando a mi familia.

Salió el sol ¡qué felicidad! Ya estábamos en una casa, no en un monte, disfrutando del calor, en lugar de soportar los mosquitos y la humedad de los matorrales. La casa estaba completamente vacía, aparte de los dos colchones, un poco de loza desportillada y una Biblia descuidada y sucia, que tenía las páginas dobladas y olía a moho. Pero ¡ya teníamos algo que leer!

El desayuno lo llevaron dos guerrilleros que no habíamos visto. Uno de ellos no era tan feo y su mirada daba la impresión de nobleza. Le pregunté cómo se llamaba y me dijo que *Manuel*. “¿Por qué está en la guerrilla?” Me respondió que por la pobreza tan terrible: “cuando uno tiene para comer, no tiene para vestirse”. Me compadecí y en ese momento hasta le di la razón. El otro era un hombre de baja estatura, piel morena, con cara de indígena, le decían *Cauca*.

Fui a hacer pipí a las matas, para lo cual me prestaron una “peinilla” (así le dicen ellos a los machetes), para abrir paso. Más tarde nos sentamos en el balcón de la casita, en una parte en donde llegaba el sol, y leímos la Biblia y escuchamos radio (en la emisora que ellos querían sintonizar) y nos quitamos los zapatos y en las barandas colgamos nuestras medias y aireamos los pies y nos subimos los pantalones para asolear las pantorrillas. ¡Qué rico fue ese momento!

En la radio escuchamos las noticias y ¡sí, hablaban de nosotros! ... unos parapentistas habían sido secuestrados por el Frente 25 de las FARC por el área de Cunday. Sentí felicidad. Primero, por salir en la radio y segundo, lo más importante, porque nuestras familias por lo menos ya sabían qué había pasado. Todo el día disfrutamos del radio, qué entretenido, escuchando *Radiotolima*, la emisora local. No sintonizaron los mensajes para los secuestrados, pero JJ hizo cambiar la emisora, porque le causaba depresión. Hablamos un poco con los guerrilleros, leímos la Biblia, murmuramos un rato acerca de la posibilidad de que nos soltaran (la esperanza es terca), pues por

alguna razón no nos habían soltado antes, pero tampoco nos habían llevado tan lejos.

Norbei, el jefe de los que nos estaba cuidando, a cada rato hablaba por celular y por radio y le dictaban códigos de tarjetas prepagadas de celular para que recargara su teléfono. Nos preguntamos por qué hablaban tanto, (¿no los descubren?) o, por lo menos, ¿por qué el ejército no identifica los códigos de las tarjetas y las graban en otro celular, y así los bloquean? ¿No hay bloqueos de comunicaciones? Esas eran nuestras preguntas.

Huertas era el más ubicado geográficamente. Con él conjeturábamos sobre donde podíamos estar, sin saber a ciencia cierta dónde estaríamos, pues viajando de noche nada se veía excepto algunas luces agrupadas, como de pueblitos, y un resplandor grande al fondo del camino ¿sería Ibagué? Hablamos de todas las antenas que vimos en nuestro trayecto y nos quejamos de las empresas de telefonía móvil (¿por qué los guerrilleros se comunican tan fácil?). También hablamos sobre el país ¡qué decepción!

Al final del día *Manuel* y *Cauca* nos llevaron la comida, antes de oscurecer, pero no nos acostamos porque nos dijeron que partiríamos a otro lugar. Y nada que llegaban por nosotros, ni tampoco avisaban, nada pasaba, y ya estábamos cansados. Entonces nos dijeron que nos podíamos acostar y preciso cuando ya nos estábamos durmiendo se escuchó la bocina de mi Jeep, y que apuren que nos vamos ya, y párese y doble parapentes y alístese a caminar otra vez en la oscuridad por todos esos charcos hasta llegar al carro. Nos robamos la Biblia y la guardamos entre un parapente. Cuando llegamos a la carretera vi mi Jeep, pero inmediatamente nos metieron en la camioneta roja de siempre. A Huertas le pareció ver otro secuestrado... Paramos en un caserío formado por unas pocas casas de luces apagadas. A esa hora la calle estaba desolada. Subimos una colina y estacionamos en un potrero. Caminamos un poco hasta llegar a una casita. Parece que *Gonzalo* iba con alguien secuestrado, a quien por la oscuridad no pudimos ver bien, pero escuchábamos su tos. Al fondo se alcanzaba a adivinar una laguna. Los guerrilleros golpearon varias veces en la casa, pero nadie respondía. Entonces *Gonzalo* dijo que se iba con la viejita (el otro secuestrado) para otro lado. Por fin abrieron la casa y nos pidieron acomodarnos en un cuarto muy pequeño, lleno de trastos, costales de grano, herramientas, todo menos algo para dormir. No había ni colchón, ni cobijas, ni cama, a duras penas un pequeño espacio en el suelo de cemento, en donde nos tocó extender los parapentes y dormir sobre ellos (benditos igual que nuestros overoles térmicos), aguantando la dureza y el frío del piso.

CUARTO DÍA

Nos levantaron bruscamente, como siempre, esta vez no tan temprano. Estábamos muy adoloridos de la espalda, por el piso frío y duro, pero por lo menos algo pudimos dormir. *Gonzalo* entró al cuarto y nos preguntó qué necesitábamos. Le pedimos jabón, JJ le pidió unos sacos para el frío, yo le pedí champú y toallas higiénicas. También nos preguntó las tallas de ropa para darnos otra muda, mientras tomaba nota en un cuaderno pequeño. Salimos del cuarto y nos dieron desayuno (chocolate con arepas), que estaba muy sabroso. Creo que las cocinaron los guerrilleros que nos cuidaban. Parecía que hubieran dormido ahí en la cocina, un rancho de paja cuyo suelo era de tierra. La casa era humilde y tenía en el techo unas láminas metálicas adaptadas para secar café. El lugar era de un campesino viejito y sordo, por eso la noche anterior casi no nos abre la puerta. Tenía el pelo blanco y los ojos verdes, hasta me hubiera parecido tierno si no es porque estaba apoyando el secuestro, aunque sentí lástima por su pobreza y su sordera. También estaba allí otro guerrillero, que nunca volví a ver, no sé si era hijo del viejito, pero parecía como si viviera allí. No era nada tímido y tenía una cara de delincuente terrible.

El ambiente estaba fresco, disfruté al respirar el rocío y el aire puro con olor a verde. En ese lugar hacía más frío y el paisaje era muy bonito. Al fondo se divisaba una laguna, grande, ¡claro, la represa de Prado! Lo susurramos entre los tres. En esa finca tenían baño con inodoro (¡qué bueno!) y había agua limpia.

Nos dijeron que íbamos a hacer una caminata, que nos preparáramos, pero que primero iban a llamar a nuestras casas. *Gonzalo* comenzó preguntando el teléfono de la casa de JJ. Llamó y mientras contestaban, nos preguntó qué familia era. Yo inmediatamente le dije que Gómez, el segundo apellido de JJ (como para ir sacando de este cuento a su papá y al bendito apellido). Contestó el hermano, que no tenía ni idea de qué responder, y entonces pidió que lo llamaran en una hora, ¡ja! ¿Para qué? Luego siguió con mi familia. Me dejó hablar con mi mamá, ¡qué dicha! Lo primero que le dije fue: “perdón por no hacerles caso”. Ella me preguntó si estábamos bien y luego comenzó a hacerme preguntas que me pusieron nerviosa, pues *Gonzalo* estaba a mi lado, atento. Quería saber si estaba lejos o cerca, por dónde, pero yo no le podía responder, por lo que le decía todo el tiempo: “sí, sí, estamos bien”. Entendió y agregó: “si estás lejos di uuuf” y así hice. En ese momento *Gonzalo* me pidió el teléfono y habló con mi mamá. Le dijo que era una situación económica, que no negociara con nadie si no le entregaban pruebas de supervivencia y

que la llamaría para hablar de cifras y así negociar nuestra liberación. Luego siguió el turno de Huertas, pero el loco no se sabía los teléfonos de nadie. *Gonzalo* no le creyó y se puso muy bravo, le dijo “es mejor que se acuerde o si no yo se los hago acordar a la fuerza”. A Huertas le tocó llamar a su secretaria y pedirle el teléfono de su hermano, a quien en seguida llamaron, pero no estaba. Quedé muy contenta de haber podido hablar con mi mamá y que supiera que estábamos bien, aunque también quedé un poco frustrada por no haberle podido decir lo que yo quería (que estuviera tranquila, que íbamos a estar bien, haberle dado alguna pista de dónde estábamos y contarle lo que había ocurrido).

A Huertas y a mí nos dieron botas de caucho, por lo que abandoné mis otros zapatos. Metimos en un costal nuestros overoles, otro saco y nos alistamos para caminar. Cuando pasamos por donde estaban los carros, qué buena suerte, *Caliche* sacó de mi Jeep una cachucha, para mí. JJ y Huertas también tenían las suyas. Aproveché a preguntarle a *Gonzalo* si podía sacar el bloqueador solar y me respondió: “no más ‘aparatos’ de esos” (qué bruto ¿no?)

Hasta ese día vimos los carros y los parapentes, que ya eran muy pesados para la caminata que emprendíamos.

Comenzamos el trayecto cerca de las nueve de la mañana. Yo estaba muy entusiasmada, como si estuviera en un paseo. Había un sol muy bonito, que iluminaba el verde del paisaje. Sobrepasamos un río empedrado por un pintoresco puente colgante de madera. Luego caminamos por entre unas piedras grandísimas. ¡Qué paisaje tan lindo! Nosotros íbamos acompañados de *Caliche*, de *El Loco*, de *El Chulo* y de *Norbei*. Más atrás iba *Gonzalo* con el otro secuestrado: sí, era una viejita que montaba en un caballo.

Pasamos por un pequeño bosque húmedo decorado con lindas florecitas rosas, naranjas y fucsias (creo que se llaman María Helenas), protegidas por unos frondosos árboles, muy grandes. Yo disfruté mucho de ese paisaje. Como los de atrás iban más despacio, de vez en cuando nos tocaba parar a esperarlos, pero cuando ya se acercaban nos hacían arrancar, para que no pudiéramos ver a la viejita. Al rato llegamos a unos extensos potreros, que tuvimos que bordear para no ser vistos, en donde vimos sobrevolar un helicóptero. En mis fantasías, yo imaginaba que nos veían y avisaban a las autoridades. Los guerrilleros decían que ese helicóptero era de las FARC, que iba para el campamento y que nos iba a arrojar comida (siempre con mentiras, yo creo que era de una petrolera).

Caminamos como dos horas más, hasta que llegamos a unos matorrales en donde nos hicieron descansar. Allí también llegó la viejita, pero no la dejaban hablar con nosotros. Cuando *Gonzalo* se fue, poco a poco, fuimos entrando en confianza y pudimos hablar un poco con la señora. Se llamaba la señora Lina, o así le decían los guerrilleros. Ella hablaba mucho con *Caliche*. Los matorrales estaban llenos de mosquitos, que nos tenían desesperados, pero la señora Lina tenía repelente y nos regaló un poco. No pudimos hablar con ella de lo que hubiéramos querido, pero le dijo a Huertas que estaba adolorida, pues la habían dejado caer del caballo.

Más tarde aparecieron *Manuel* y *Cauca*, los fieles acompañantes de *Gonzalo*, con el almuerzo en unas ollas grandes, sudando. Una olla tenía pollo, arroz y papas, y la otra tenía *Fresco Royal* ¡Qué rico! Teníamos mucha sed y mucho calor. Nos quitamos los zapatos y las medias y las pusimos al sol para secarlas, pues estaban sudadas. A veces nos salíamos del matorral al potrero para asolearnos, pero los guerrilleros nos decían que teníamos que estar alertas cuando llegara *Gonzalo*, ya que no podíamos estar afuera. Tampoco podíamos hablar con la señora Lina. *Caliche* me dijo que ella era la mamá de *Gonzalo*, que la “cucha” vivía en los Estados Unidos y había venido a visitar a su hijo y que le encantaban esos paseos. Que ella era muy hábil y le gustaba la política. La viejita hablaba de la situación del país con *Caliche*. Yo hasta me creí el cuento, lo mismo que el del helicóptero, el de los cursos de inglés y de computador ¡Qué ingenuidad!

Estuvimos mucho ahí entre esos matorrales y *Gonzalo* nada que llegaba. Yo todavía no captaba que siempre esperaban la oscuridad para poder partir, para que no nos viera nadie. Alrededor de las seis de la tarde, llegó *Gonzalo*, justo para emprender la caminata. No se veía nada, pasamos por varios charcos, por un potrero y finalmente llegamos a un caserío, en donde estuvimos un buen tiempo, alejados de las pocas casas ya oscuras. Entre ellas había una pequeña tienda en donde se escuchaba un televisor. Como no nos dejaban acercar, los guerrilleros nos preguntaron si queríamos algo y les pedimos gaseosas que al rato nos llevaron. Hacía frío, la noche estaba completamente despejada, muy bonita, se veían todas las estrellas.

Estuvimos un buen tiempo recostados al lado de una camioneta blanca que no conocíamos, hasta que por fin nos hicieron acomodar allí. *Gonzalo* se subió adelante, no sé con quiénes, pero lo acompañaba una señora rubia (¿sería una secuestrada? ¿o su novia?) A nosotros, junto con todos los guerrilleros y la pobre viejecita que andaba tosiendo, nos dejaron en el platón. Todos estábamos incómodos, apretujados y tiritando del frío. Afortunadamente

encontramos unas pocas cobijas que nos ayudaron a no congelarnos. Huertas nos explicó cómo orientarnos según las estrellas, así supimos que nos dirigíamos hacia el sur. Finalmente, la camioneta se detuvo para dejar a *Gonzalo* con la señora Lina y con la otra posible secuestrada. Los demás continuamos hasta parar en una esquina cualquiera, en donde había una casita de barro abandonada, techada con tejas metálicas oxidadas y llenas de huecos. Nos dijeron que ahí dormiríamos. Encontramos dos colchones: uno lo usaron los cuatro guerrilleros que nos cuidaban y el otro, nosotros tres. Solamente había dos cobijas, nos dio lástima y les dimos una a esos cuatro. Cansados, nos arrumamos en el colchón. Yo me acomodé en la mitad. Esa noche hizo mucho frío, por lo que no dormimos muy bien. La cobija no era lo suficientemente ancha para cubrirnos a los tres, a veces Huertas halaba la cobija, a veces lo hacía JJ y cuando los dos lograban tener un pedazo, quedaba tan templada que no alcanzaba a cubrirme y se me colaba todo el frío por el medio. Me reconfortaba poder ver el cielo estrellado por entre los rotos del techo, que me recordaba la infinitud del universo y la insignificancia de los humanos y sus diminutos problemas frente a tanta inmensidad. Menos mal no llovió.